

y en las universidades a través de la noche de la miento francés y la vida moderna. Edad Media.

Hace pocos días tuve yo la impresión de conocer, aunque de lejos, uno de esos enclaves. Hay en él, como en los de antaño, algo de monasterio, aunque éste es laico; algo de universidad, aunque es reducido; algo de medioeval, aunque es moderno, actual, de hoy y de mañana. Se llama la Abadía de Royaumont.

El hombre a quien se debe la existencia de este oasis de paz, de comprensión y de libre cultura, ha estado hace unos días en Bogotá. Mr. H. Gouin es una de las principales personalidades de la grande industria francesa. Su abuelo había comprado una antigua abadía, situada en pleno campo, si bien no lejos de París, abandonada desde la época de la Revolución por los monjes cistercienses. De la iglesia en ruinas sólo quedaba en pie una torre. Mas se hallaba casi intacto el viejo monasterio gótico, edificado en el siglo XVIII. Mr. Gouin ha hecho de él una cómoda residencia familiar, pero respetando cuidadosamente su carácter artístico, su sabor histórico y hasta su ambiente de recogimiento conventual.

Ahora debo interrumpir por un momento esta historia para evocar un recuerdo. Antes de la guerra, otro cenobio, la Abadía de Pontigny, se había convertido en un lugar de reunión de algunos espíritus selectos, franceses y extranjeros, que allí pasaban unos días lejos del tráfico ciudadano, descansando, leyendo, pensando y por las tardes congregándose regularmente para dialogar sobre los grandes problemas que la vida nos plantea, o que nuestra eterna inquietud le plantea a la vida.

La guerra acabó con las inolvidables conversaciones de Pontigny. Murió su inspirador, el anciano Paul Desjardins. Pero los amigos de la Abadía sentían la necesidad de reanudar el coloquio. Pontigny había muerto. Gouin, generosamente, ofreció Royaumont.

Royaumont es hoy un centro internacional de cultura. No tiene carácter político ni confesional. Ofrece un lugar de reposo, de meditación y de trabajo a los intelectuales y artistas de todos los países en una residencia que une el encanto de la belleza del paisaje a la emoción de los recuerdos históricos. La naturaleza y la historia son las dos fuentes de la cultura.

Pero la Abadía de Royaumont no se contenta con brindar un albergue de paz cordial a la vez que de estímulo mental. Toma por su parte la iniciativa y organiza reuniones internacionales en las que personalidades eminentes, profesores, estudiantes, jóvenes dedicados a las ciencias o las letras, venidos de muy distintos países puedan tratar en común de los temas que hoy apasionan al mundo, contribuyendo así a la colaboración de las almas, base de la concordia entre los pueblos.

En ese oasis de Royaumont, isla de serenidad en un océano de tormentas, las actividades son muy diversas. Ya se reúne allí un congreso internacional, como el del Psicoanálisis; ya funciona un club de lectura, con el concurso de escritores y críticos franceses y extranjeros; ya se trata de un simple almuerzo en el que un sabio o un poeta, de paso por París, va a tener la ocasión de conversar con sus colegas de Francia; ya es una invitación dirigida a algunos jóvenes a'emanes de la zona francesa de ocupación; ya una recitación de Robert Spaight, el famoso actor inglés; ya un concierto de música de cámara; ya la excursión a un viejo castillo o a una moderna fábrica; ya un ciclo regular de lecciones, como los que para el año próximo se anuncian sobre el pensa-

De esta suerte, en ese rincón campestre de l'e-de-France, milenariamente nacional, apunta un nuevo brote de vida internacional, de cultura universal. En el Patronato de Royaumont vemos unidas personas tan diversas como un sector de la Universidad de Praga, profesores de las de Oxford o París, Amsterdam, Zurich o Copenhague, Nueva York o Quebec. Y al lado de Paul Claudel y de Duhamel figuran T. S. Eliot, Ingrid Undset y Victoria Ocampo, y hasta algún nombre exótico del Egipto o de la China...

Si por este brote nacido a la sombra de la abadía francesa, juzgáramos de los otros que sin duda apuntan en diferentes parajes del mundo, podríamos señalar algunos de los rasgos que caracterizarán el futuro renacer de la cultura.

El primer trazo, ese sí muy saliente, indudable, decisivo, es el internacionalismo. La cultura será universal o dejará de ser. El maravilloso progreso de los medios de comunicación, si no ha favorecido a la paz —y más bien ha traído la guerra— ha determinado, en cambio, ese universalismo del pensamiento y del arte. El intelectual, aún encerrado en la celda de una

abadía, sabe ya que su aula o su taller es el mundo.

Pero esa universalidad no es desnacionalización sino comunión de naciones. ¿Hay nada más francés que Royaumont?

Otra nota significativa —precisamente en esta época práctica, pragmática, técnica, económica y utilitaria— es la vocación de la ciencia pura, del arte puro, cultivados desinteresadamente como en el jardín claustral de un monasterio. Se va en busca de una nueva idealidad, de una moderna idealidad, bajo esas mismas naves ojivales que albergaron la idealidad mística de otros siglos.

En el nuestro, en este tiempo de contiendas civiles y guerras mundiales; de incompreensión, y violencia, y discordia, cada uno de esos brotes nuevos revela el anhelo de comprensión, de razón y de concordia. No repitamos que "la guerra es el remedio de las cosas que no tienen remedio". No. Una doble, atroz experiencia nos ha enseñado en este siglo que la guerra no remedia nada. La solución de los problemas que no tienen solución, consiste en levantarlos del polvo de la lucha, elevar el pensamiento y plantearlos de nuevo en un plano más alto.

## Patriotismo

(En *La Tribuna* de Lima. Marzo 27 de 1948).

En diciembre último se produjo un profundo desacuerdo en el seno del gobierno panameño, a propósito de la cuestión de las bases norteamericanas. El Canciller Ricardo J. Alfaro renunció en vista de no haber sido consultado acerca de la redacción final del documento en que se aceptaba dicha cesión, y porque no estaba de acuerdo con sus principios. Dura pugna. Ataques a estudiantes. Hasta se puso en peligro la autonomía universitaria, respetada al fin y al cabo. Hoy, Ricardo J. Alfaro, sin abdicar de sus doctrinas, forma parte de la delegación panameña ante la Conferencia de Bogotá, presidido por el actual canciller.

Los incidentes entre liberales y conservadores colombianos han causado ya no menos de cincuenta muertos. El divorcio es absoluto. Sin embargo, el Presidente Ospina llamó a los liberales a colaborar en la delegación colombiana ante la Conferencia de Bogotá, por tratarse de un asunto de alto interés nacional. Los liberales, después de acres debates, han aceptado esta colaboración. Colombia se presenta ante las demás naciones con un pensamiento internacional unificado.

En Venezuela se ha realizado un cambio de gobierno. El ex-presidente Betancourt será probablemente el jefe de la delegación venezolana a Bogotá, que integrarán miembros de los partidos vencidos.

El gobierno y la oposición se juntan para representar a la nación, que no pertenece a ninguna bandera, mucho menos a la minoritaria. También Venezuela tendrá unidad ante el certamen bogotano.

Hace poco, un diplomático europeo, de tránsito en Lima, me preguntaba: —¿Estarán también ustedes representados en Bogotá? ¿Cooperan a las discusiones preparatorias? L:

contesté: No. No hemos sido siquiera invitados a algo en que los grandes intereses nacionales y continentales andan en juego, no obstante de ser mayoría de parlamento y mayoría indiscutible de la nación. —Entonces, me replicó el diplomático, ¿cómo se considerará el pensamiento peruano, si falta algo tan importante?

No corro traslado de la observación. Ya es tarde. Pero subrayo el hecho. Yo no entiendo el patriotismo como escisión y merma, sino como integración. Carezco del sentido islamista de lata de la visa, precisamente por haber nacido cristiano.

No creo en las guerras santas, sino en la prédica con el ejemplo. Jamás aceptaré vencidos, sino convencidos, pues sé que el vencido de hoy al volverse vencedor mañana llevará consigo sus rencores y resentimientos de vencido. El convencido no. Se adapta y coopera, aunque su convencimiento sea nada más que parcial.

Frente a la Conferencia de Bogotá y ante el grande conflicto en ciernes, el patriota tiene sólo un deber: unir a la nación en el bien y por la paz, para que no haya cisura alguna en su presentación. Todo otro gesto de patriotismo es aparente, por ser antinacional. Si en los sucesos venideros vamos a jugarlos todos, bueno será que cada cual tenga su parte en el juego. De otra suerte, con actuaciones de sector y sector chico, las acciones resultan sectarias y el patriotismo chico.

Y nosotros, en toda América, necesitamos un patriotismo ancho y constructivo, lejos de las capillas mezquinas y de los rencores cavernarios y estériles.

Luis Alberto SANCHEZ.